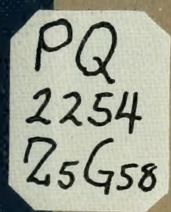
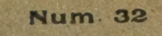
Giusti, Roberto Fernando
Anatole France





EDICIONES SELECTAS
AMERICA
CUADERNOS QUINCENALES DE LETRAS Y CIENCIAS

ROBERTO F. GIUSTI

Anatole France

Dirección y Administración
CORRIENTES 830
Buenos Aires
1920

Dirección y Administración



CORRIENTES 830 (2° piso)

CUADERNOS PUBLICADOS

Año I — **Tomo I**

Amado Nervo.........	**Florilegio** III Edición
* *José Ingenieros.......*	**La moral de Ulises** II Ed.
* *Almafuerte ....*	**Espigas** II Edición
* *Julio Herrera y Reissig*	**Opalos** II Edición
* *Martin Gil.............*	**Cielo y Tierra**
* *Ernesto Mario Barreda*	**Canciones para los niños**
* *Eduardo Talero.......*	**Amado Nervo**
Alberto Gerchunoff....	**Cuentos de ayer**
Leopoldo Lugones.....	**Rubén Darío**
Florentino Ameghino..	**Los cuatro infinitos**
Rafael Alberto Arrieta	**Selección lírica**
Vicente A. Salaverri..	**La visión optimista**

Año II — **Tomo II**

* *Fernández Moreno....*	**Versos de Negrita**
Joaquin V. González..	**Música y danzas nativas**
* *Rubén Darío ....*	**Poemas** II Edición
Arturo Capdevila......	**La pena monstruosa**
* *José Enrique Rodó....*	**Joyeles**
Arturo Cancela..... ..	**Cacambo** II. Edición
Armando Donoso	**Un hombre libre.**
* *Ricardo Rojas........*	**Canciones.**
* *Roberto J. Payró .....*	**Historias de Pago Chico.**
* *Amado Nervo.........*	**Pensando.**
* *Alfonsina Storni ......*	**Poesías.**
Edmundo Guibourg ..	**Evocaciones.**

* Agotados.

Año II — Tomo III

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

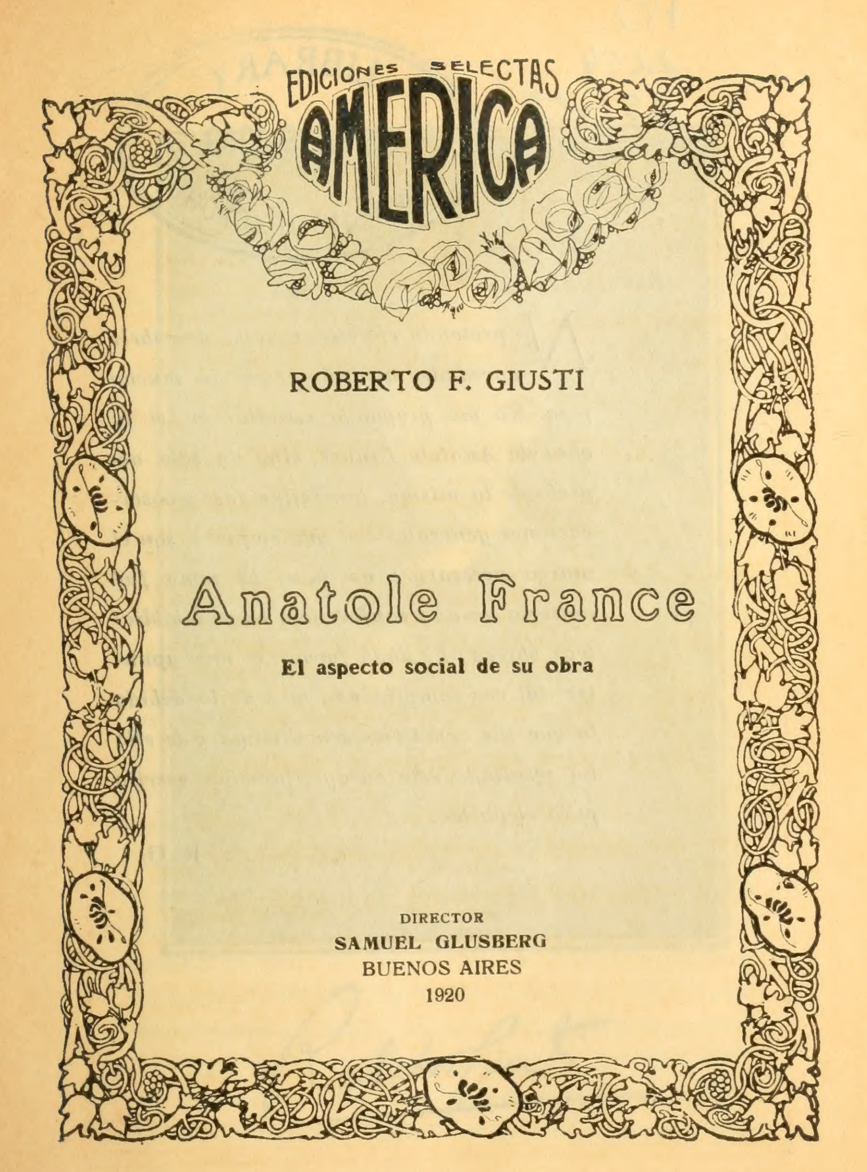
En la Argentina	Por un año	$ 5.00 m/n.
	„ seis meses	„ 2.50 „
	Número suelto „ 0.20 en la capital	
	0.25 en el interior	
En el exterior	Por un año	$ oro 2.50
	„ seis meses	„ oro 1.30
	Número suelto	„ oro 0.15

A los libreros:

Exclusividad de la «Editorial Tor», Victoria 788 para la venta en el Interior y Exterior.

En nuestra administración quedan algunas colecciones de los dos primeros tomos de "AMERICA" que vendemos al precio $ 5 m/n. cada una. — — — — — — — — —

** II Edición

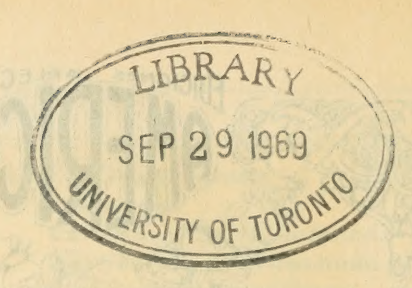


ROBERTO F. GIUSTI

Anatole France

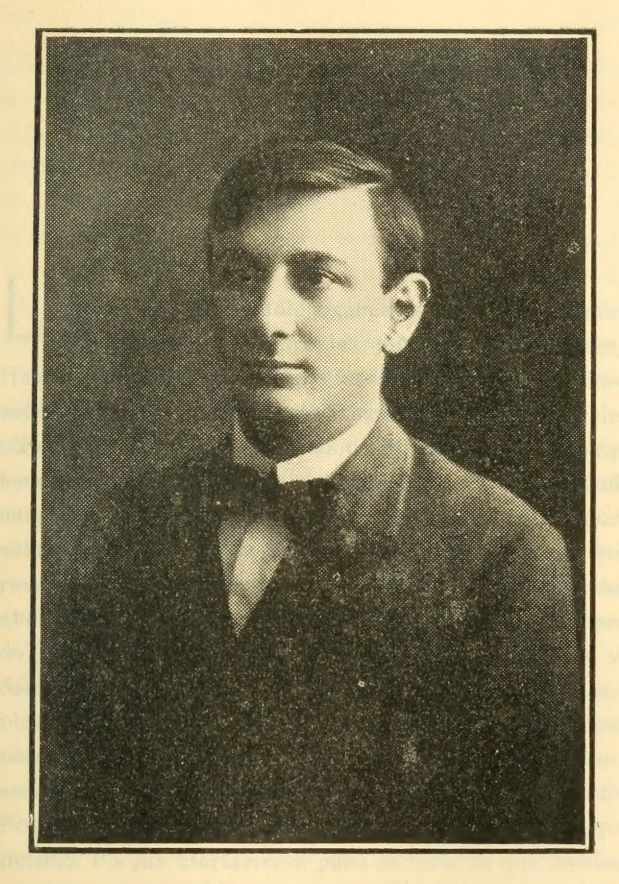
El aspecto social de su obra

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920

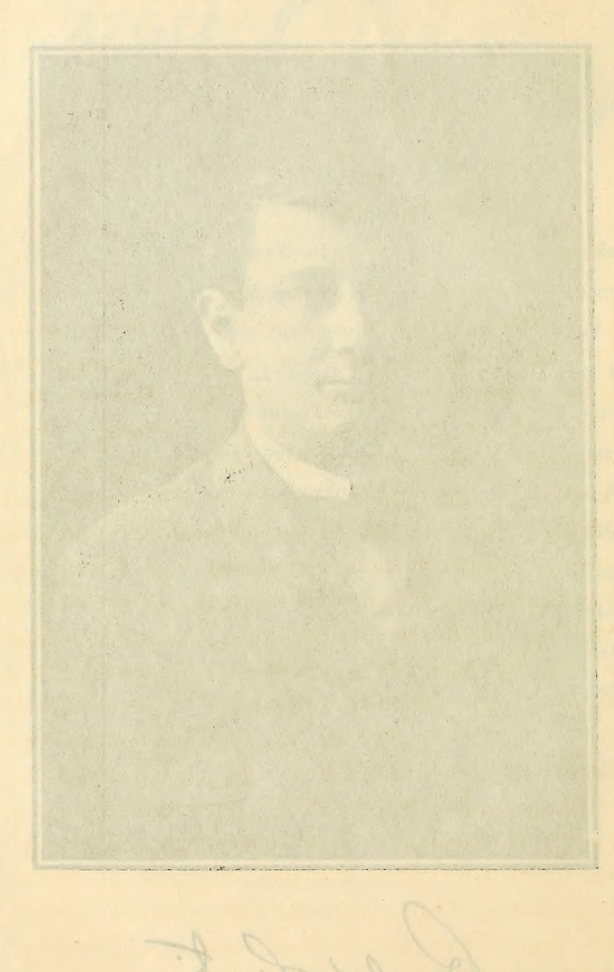


No pretendo en este ensayo descubrir novedades ni decir cosas de mucho peso. No me propongo estudiar en él la obra de Anatole France, sino un solo aspecto de la misma. Las reflexiones y observaciones generales con que empieza, son el marco necesario: no más. El tema fué materia de una conferencia en una biblioteca obrera: he dado forma a mis apuntes, tal vez complicando más de lo debido la que fué exposición sencillísima, y de ello ha resultado este ensayo, también escrito para el pueblo.

R. G.



Roberto Giusti



La influencia de Anatole France se ha hecho sentir hasta demasiado sobre las jóvenes generaciones. Hemos adoptado su espíritu y vestido su letra. Su filosofía y el aire mansamente zumbón con que él suele considerar a los hombres y las cosas, han penetrado muy hondo en la inteligencia y también en la sensibilidad nuestras. Muchos, como si no hubiesen advertido que sobre el mundo se ha desencadenado y no cesa el furioso huracán de la guerra y la revolución, amenazando abatir las más sólidas construcciones, siguen manteniendo aún hoy ante la vida, la misma actitud maliciosa y desdeñosa que caracterizó al maestro en los días amables y ligeros—tan lejanos ya!— en que escribió sus libros más celebrados. De ahí que no falten espíritus serios, los cuales reniegan de la obra entera de Anatole France, inculpándole su pernicioso magisterio de escepticismo. Porque ciertamente pasó la hora en que estaba de moda deshinchar vejigas con alfileres de oro. En seis años hemos aprendido mucho. Ahora es el tiempo de derribar a hachazos la selva del error y la iniquidad.

¡Qué lejos están de la vida y qué mal ven los discípulos rezagados del ilustre maestro, los que se creen

más linces! Por lo demás, traicionan a su maestro. Ni su filosofía fué nunca tan frívola como algunos de ellos suponen, ni tampoco continúa él enseñando en este postguerra, aquel escepticismo. Antes de condenarle, pues, por anarquista elegante, maestro de descreimiento y enervador de la voluntad, conviene prestar atención al aspecto social de su obra literaria. Y queda definido el propósito del presente ensayo, donde he de tomar nota de la acción social porfiada y profunda que France ha ejercido por medio de la pluma.

El es, con Gorki y D'Annunzio, el más difundido escritor contemporáneo, y entre todos, el más perfecto. Porque es elegante y refinado como ninguno, antes de llegar al pueblo conquistó los círculos de selección y la burguesía intelectual. Pero actualmente es mucho más que un alto y perfecto escritor: es la conciencia de su pueblo. Es uno de esos escritores en cuya obra adquieren cuerpo y voz todos los ensueños, ilusiones, adivinaciones, amores, odios, temores y esperanzas de los más y los mejores.

Tal fué Víctor Hugo, «eco sonoro» de su siglo, «faro» de la humanidad, según él mismo define al poeta; tal fué, en días inolvidables, Emilio Zola. Anatole France lo es ahora. Cuando su voz suena, sabemos que habla por su boca cuanto Francia tiene de generoso y profético. Romain Rolland y Henri Barbusse, otros dos grandes espíritus de vanguardia, no han alcanzado aún aquella universal autoridad que conceden los años, enaltecidos por la obra insigne. Como Hugo en la ancianidad, cuan-

do identificó su pensamiento enorme y vago con el de las muchedumbres, como Zola cuando construyó su ideal ciudad del Trabajo y la Verdad, France expresa la más profunda aspiración de su tiempo: — es socialista —, y nos anuncia el mañana.

***

Anatole Thibault, célebre bajo el seudónimo de Anatole France, cuenta ahora 76 años. Nació en París en 1844. Su primer libro, de versos, los *Poemas dorados,* es de 1873; el segundo, un drama en perfectos versos parnasianos, *Las Bodas Corintias,* exquisito fruto de la escuela, es de 1876, pero sólo subió a la escena en 1902. Desde entonces ha publicado más de treinta volúmenes, entre novelas, colecciones de cuentos y de artículos críticos, poesías y trabajos históricos. De 1881 data *El Crimen de un Académico.* su primera novela famosa; el año pasado nos llegaba *Pedrín,* su libro más reciente. Ha trabajado siempre como un benedictino, en su casa alhajada con gusto y arte primorosos, viviendo sus horas en la silenciosa ciudad de los libros, refugio de los héroes de sus novelas, del académico Silvestre Bonnard, del abate Jerónimo Coignard, del profesor Luciano Bergeret.

Los libros han sido su paraíso artificial. Hijo de un librero de los muelles, se crió entre libros y en la encantada contemplación del Sena. Hablando en la fiesta inaugural de una imprenta comunista, decía jovialmente en 1901:

«Camaradas, puedo decir que soy uno de vosotros; los talleres de tipografía me traen a la memoria viejos y caros recuerdos. Mi padre era librero. Niño aún, yo llevaba material a la imprenta; muy joven, me ocupaba en la fabricación de los libros y corregía pruebas. He corregido pruebas ajenas, antes de corregir las mías. Podría ser un regente pasable. Si fuera más jóven, me recomendaría a vosotros.»

Por este camino adquirió una rara erudición. También se formó un estilo conciso, límpido, claro, ordenado, cabal expresión del arte francés de la prosa. Este bibliófilo, este helenista, es antes que nada parisiense, y del parisiense tiene el delicado gusto, la cordura y la malicia. «Soy Parisiense con toda mi alma y toda mi carne»—escribió un día.

La gracia, cualidad francesa, perfuma todas sus páginas, y en todas brilla la ironía, esa otra cualidad francesa: *l'esprit gaulois.* Es Anatole France legítimo descendiente de la estirpe de Montaigne, de Molière, de Voltaire, de Renan, para no citar sino a unos pocos preclaros en la tierra de tantos sutiles artistas.

De Renan, de quien es discípulo, ha heredado el diletantismo, una curiosidad múltiple e infinita, un infatigable anhelo de conocer y comprender. Son hijas de ese diletantismo sus excursiones por todos los países y edades. La escena de sus novelas y cuentos es siempre cambiante: es la Roma imperial, en *El Procurador de Judea* y en *Gallion;* la Tebaida del siglo IV, en *Thais;* la Edad Media, en numerosas narraciones piadosas o

picantes y en su *Vida de Juana de Arco;* la Italia del Renacimiento, en *El Pozo de Santa Clara:* el siglo XVIII, en *El Figón de la Reina Patoja;* la Revolución Francesa, en *Los Dioses tienen sed* y en algunos cuentos; los días contemporáneos en varias; y también los tiempos futuros, en la fantasía que cierra *Sobre la Piedra Inmaculada*.

Espíritu precavido contra las asechanzas de la superstición religiosa y nada propenso al misticismo y al ascetismo, retoño de la *Enciclopedia*, nieto de Voltaire, se ha complacido sin embargo en relatar con aparente credulidad, con candor infantil, leyendas piadosas, milagros, vidas de santos, conversiones. Bien es cierto que si en estas historias manifiesta el poeta su afición a las almas simples, rudas, ingenuas, también pone el humorista, aunque disimulándola voluptuosamente, su maliciosa sonrisa. Otro escritor, aún más anticlerical que Anatole France, asimismo contó leyendas de santos. Me refiero al gran portugués Eça de Queiroz, autor de las vidas de *San Cristóbal. San Onofre* y *San Frey Gil.* Pero los dos maestros han tratado la hagiografía con diverso sentido: France, por pura complacencia de erudito y poeta, acaso aún influído por el dulce recuerdo de los relatos edificantes y los cuentos de hadas con que fué acunada su infancia; Eça de Queiroz, aunque magnífico poeta,—en cierto modo con propósito doctrinal, al poner en contraposición la verdadera santidad de las almas arrebatadas por el amor al prójimo y el ansia de sacrificio, con la rigidez del dogma y disciplina ecle-

siásticas, y la mezquindad, egoismo y frialdad del espíritu sectario. Por lo demás, ambos coinciden en aborrecer el cristianismo, en cuanto contraría la naturaleza y mata la alegría de vivir, ensombreciendo el mundo. *Thais* testimonia el pensamiento de France sobre este punto.

Si es rica y precisa su información de arqueólogo, y luminosa y expresiva su fantasía de artista, no es tan despreciable según es costumbre afirmar, la sagacidad del psicólogo. Sin duda France no es un poderoso creador de caracteres, mas tampoco un limitado fabricante de títeres. Bullen en sus novelas las finas observaciones sobre el alma humana, y cuando él ha querido sondear algunos corazones en tempestad, lo ha conseguido: así en *Yocasta*, en *La Azucena Roja* o en *Los Dioses tienen sed*. Se le reprocha haberse retratado con cierto artificio en los personajes más famosos de sus novelas, estilizando un tipo de filósofo erudito, bondadoso y tolerante: Silvestre Bonnard en *El crimen de un Académico*, el abate Coignard en *El Figón de la Reina Patoja*, el señor Bergeret, en la *Historia Contemporánea*, Brotteaux en *Los Dioses tienen sed*. Tal ha sido su voluntad de artista enamorado de su propio pensamiento persuasivo e ingenioso. Sus personajes— él al fin—aman la ciencia, la razón, la bondad, la belleza, y todas las virtudes que hacen amable la vida, sin desdeñar al pecado, cuando es natural y bello. Todos ellos son, de diversa manera, escépticos.

El escepticismo es la nota fundamental de la filosofía de Anatole France, si es que puede llamarse filoso-

fía sus mil reflexiones dispersas y contradictorias acerca del mundo y de la vida, no reducidas a sistema, multiplicadas en fórmulas diferentes y cambiantes.

No es crédulo. No admite verdades absolutas. Las cosas son todas igualmente inciertas y discutibles. Son según las percibimos, y nuestros sentidos las deforman; son según las juzgamos y nuestros juicios son variables. Cualquier distinción entre lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, es ilusoria. El bien y el mal no tienen ninguna realidad. El primero no podría existir sin el segundo. Es excelente norma de conducta dudar de todo y no hacerse demasiadas ilusiones. Pero conviene que el sabio se conforme a las costumbres y al uso de su tiempo, que en eso consiste la mudable moral. El hombre ignora su finalidad. La vida es en el universo un accidente pasajero. Nada comienza y nada acaba. Todo fluye y pasa. La historia de los hombres se resume en tres palabras: «Nacieron, sufrieron y murieron». La marcha del mundo es lenta. Las cosas cambian menos de lo que creemos. Lo que es, será *Nihil nuvum*...

No resulta fácil aprisionar el pensamiento ondulante y tornadizo del moralista en unas pocas fórmulas precisas. Ya dijimos que la suya no era una doctrina ni lo pretende. La contradicción no le asusta. Al contrario, le parece lógica. ¿Por qué creer que entre tantas afirmaciones una sola sea la cierta? Por otra parte el pirronismo es filosofía antigua cuanto al mundo y no cabe suponer que Anatole France le haya agregado

ningún argumento esencial. Su originalidad no es de pensamiento sino de expresión. Al bañarse en la gracia inagotable de su dicción, las viejas ideas se remozan y resplandecen con nueva luz.

A veces su escepticismo resbala por la pendiente del pesimismo. Los hombres son mezquinos, ávidos, tontos, insensatos, egoistas, crueles. Las gestas de la humanidad no fueron sino bufonadas lúgubres. La cordura no es de este mundo. Ni tampoco la felicidad. ¿Conoceis la historia del hombre sin camisa, que él ha vuelto a narrar en una corta y densa novela? Si quiere curar su neurastenia, es menester que el rey Cristóbal V lleve la camisa de un hombre feliz. En vano sus emisarios la buscan por el reino. ¿Dónde está el hombre feliz? Muchos son los que aparentan serlo, pero todos, en la corte y fuera de ella, pobres y ricos, viejos y jóvenes, tienen una espina clavada en la carne, les roe el alma un mal secreto. Sin embargo, el hombre feliz existe. Dan con él los cortesanos al año de inútiles correrías. Vive en el bosque, en la cavidad de un árbol; sus deseos son limitados y fácilmente los satisface; es feo, fuerte, sano, alegre, industrioso y servicial. Cuando los emisarios del rey le preguntan si es feliz, no sabe al principio qué responder, no habiendo jamás reflexionado sobre la felicidad. Pero cuando se le pide la camisa, a cambio de cualquier cosa, «su rostro jovial expresó, no el pesar y la decepción, pues era incapaz de experimentarlos, sino una gran sorpresa. No podía dar lo que le pedían. No tenía camisa».

Y es que el protagonista de este cuento vivía sin deseos ni pasiones; pero, ¿quién en la vida no es mordido por ellos?

El escéptico se detiene a mitad de la cuesta, no cae en el escepticismo absoluto ni en el pesimismo sin esperanza. Se lo impiden su propia doctrina de relatividad, enemiga de las afirmaciones absolutas; su bonhomía, que le vuelve indulgente con los vicios y errores de los hombres; su vivo sentimiento de la belleza, que le permite complacerse con el caprichoso y encantador juego mental de las imágenes, aunque la vida no sea otra cosa que una vana fantasmagoría, una comedia de apariencias, el sueño de un sueño.

A la vida humana «conviene darle por testigos y jueces la Ironía y la Piedad...» «...Son dos buenas consejeras—agrega—: la una, sonriendo, nos hace la vida amable: la otra, llorando, nos la hace sagrada. La Ironía que invoco nada tiene de cruel. No se mofa ni del amor ni de la belleza. Es dulce y bondadosa. Su risa calma la cólera, y nos enseña a mofarnos de los malos y de los imbéciles, a quienes sin ella pudiéramos incurrir en la debilidad de aborrecer».

Un particular aspecto de su filosofía es su escepticismo histórico. Los hombres vagan extraviados en la tiniebla, sin sacar enseñanzas del pasado ni saber prever el porvenir. Este se esconde a los mismos que lo crean. Los acontecimientos más grandes pasan ante los hombres, y ellos, ciegos, no los ven.

Dos veces ha expresado Anatoles France esta idea

bajo las formas de la narración novelesca, en bellísimas fábulas de ambiente, personajes y asunto históricos. La primera, en el admirable cuento titulado *El Procurador de Judea.* El Procurador es Poncio Pilatos, el magistrado romano que en la tradición cristiana carga sobre sus hombros la responsabilidad del suplicio de Jesús. Funcionario austero e íntegro, obediente a las leyes, solícito para el bien público—, en su retiro en Italia, ya alejado de la magistratura, recuerda con acritud su estancia en Judea, donde no cosechó sino odio y humillaciones. Es Poncio un robusto anciano, sólo afligido por la gota. Conserva el vigor del espíritu y su memoria no se ha debilitado. Cuando recuerda las afrentas sufridas, un sombrío rencor se enciende en el alma del romano contra el pueblo judío, del que le separa un infranqueable abismo de sentimientos e ideales. Todo, todo recuerda, salvo un hombre: aquel taumaturgo galileo, natural de Nazareth, que se llamó Jesús y fué crucificado bajo su pretura.

He ahí la soberbia ironía del relato. Aquel a quien la posteridad culpa, desde hace dos mil años, de la muerte del Redentor, fué inmortal testigo de ella sin prestarle atención ni prever su trascendencia. La tragedia del Gólgota fué para los contemporáneos un vulgar episodio judicial.

La misma tesis desenvuelve France en *Gallión*, cuento no menos bello, tal vez más, que el anterior. Gallión, procónsul de la provincia romana de Acaya, es uno de los hombres más instruídos de su tiempo, versa-

do en las especulaciones filosóficas, conocedor de los hombres, práctico en los negocios públicos, de espíritu libre y clarovidente. No obstante, en momentos en que se esfuerza por adivinar el porvenir y descubrir el destino del Imperio, de la humanidad y de los dioses, se encuentra frente a frente de San Pablo, el apóstol del dios nuevo, el real fundador de la religión que ha de abatir los ídolos paganos, conquistar el mundo, dominarlo y transformarlo—, y lo desconoce. Pasa junto a él Pablo de Tarso, el pequeño tapicero judío, estevado y lagañoso, acusado por sus correligionarios de la sinagoga de Corinto, de servir a otro dios y predicar otra ley, y él toma la disputa histórica por una riña de mercachifles y una pendencia de palabras.

Este es el cuento ejemplar, al que luego comenta Anatole France en un diálogo docto y sutil.

Ciertamente es cosa difícil prever el futuro, y arriesgada, profetizarlo. Sin embargo el maestro ha intentado prever y ha profetizado.

* * *

Llegó el día en que advirtió que nadie debe mantenerse indiferente a la suerte de los hombres y apartado de la acción. Ya había escrito en *El Jardín de Epicuro*, templado fruto de su escepticismo: «Conservemos el entusiasmo y las necesarias ilusiones; trabajemos por lo que creamos útil y bueno; pero no con la esperanza de un éxito rápido y maravilloso, no hasta el

punto de imaginar un apocalipsis social: todos los apocalipsís deslumbran y fracasan. No esperemos ningún milagro. Resignémonos a preparar con nuestra cooperación imperceptible el porvenir mejor o peor que no hemos de ver». En aquel tiempo no era posible exigirle más. Después había de llegar más lejos.

Le señaló su deber el asunto Dreyfus, aquella crisis de la conciencia francesa, que al desgarrar el seno de una sociedad, puso al descubierto su gangrena, la podredumbre moral que contenía, y permitió limpiarla y salvarla. Aquellos años turbulentos fueron de gran peligro para Francia y sus instituciones liberales; pero al fin, de la terrible prueba, la república laica, el espíritu de justicia y el pensamiento libre salieron afianzados.

¡ Cuántos caracteres admirables reveló aquel error de todo un pueblo, cuántas energías dormidas despertó, cuántas voluntades indomables suscitó! Emilio Zola, el coronel Picquart, Bernard Lazare, Scheurer-Kestner, Juan Jaurès, Joseph Reinach, Francis de Pressensé, el propio Anatole France! El escéptico formó en las filas de los *dreyfusards,* heroicos combatientes contra el despotismo de la espada y la cruz, contra la credulidad de las muchedumbres, contra el egoismo y la cobardía del gobierno. El escéptico púsose del lado de la razón y la justicia, sabiendo que colaboraba en una empresa de perfeccionamiento moral. El escéptico vió que el asunto Dreyfus abría el camino de la renovación moral de su pueblo, y hasta se hizo la ilusión de que sobre los escombros inmundos de aquella sociedad corrompida,

pronto se alzaría un nuevo orden de cosas, en el cual se realizarían la justicia social y la paz universal. El escéptico convirtióse a la sencilla fe del socialismo.

Al arrojarse de cabeza en el asunto Dreyfus, comprendió France que era menester que la forma republicana fuese intangible, y además, que la República no cumpliría por entero su misión hasta tanto el proletariado no se incorporara definitivamente a la sociedad moderna.

Desde entonces, en los últimos veinte años, el escritor y el luchador van de la mano. El artista no sacrifica ninguno de sus mágicos recursos de seducción; el moralista no abdica su concepción general del universo, ajustada a los principios del relativismo escéptico; pero también el combatiente encuentra el modo de deslizar en cada uno de sus libros la crítica de lo actual y su esperanza en días más venturosos. Son raros los libros de France publicados en este siglo, que no se inspiren en intenciones de sátira política y social.

Ya Jerónimo Coignard, el abate sabio y libertino de *El Figón de la Reina Patoja*, había de servirle al maestro para expresar sus *Opiniones* de escéptico «caritativo» acerca de los vicios, necedades y prejuicios de nuestras modernas democracias, bajo el transparente velo de las costumbres, ideas, sentimientos e instituciones del siglo XVIII. Es digna de nota, entre tantas bellísimas—porque nos abre una perspectiva sobre la contradicción inherente al pensamiento de France, entre su escepticismo y sus impulsos a la acción—, la página con que el libro se cierra:

« Tournebroche, híjo mio — dice el abate — aquí me ves de pronto indeciso y cohibido, balbuciente y estúpido, a la sola idea de corregir lo que encuentro detestable. No creas que sea timidez de espíritu: nada ata la audacia de mi pensamiento. Pero advierte bien lo que voy a decirte. Las verdades descubiertas por la inteligencia permanecen estériles. El corazón solo es capaz de fecundar sus ensueños. El derrama la vida en todo cuanto ama. Es por medio del sentimiento como las semillas del bien son arrojadas sobre el mundo. La razón carece de tal virtud. Y yo te confieso que he sido hasta ahora demasiado razonable en la crítica de las leyes y de las costumbres. Por eso esta crítica caerá sin frutos y se secará como árbol quemado por la helada de Abril. Para servir a los hombres es menester abandonar la razón, cual un bagaje incómodo, y elevarse en alas del entusiasmo. Si uno razona, jamás volará».

Así hablaba el «buen maestro», en 1893, como queriendo decir, si no interpreto mal:—Hemos sido demasiado razonables. Basta ya de pesar con excesiva cautela el pro y el contra. El dolor universal es un hecho. Sintámoslo intensamente. La filosofía turba y enerva. Lo cierto es que vivimos y que hay que vivir, y cuando la barca en que todos vamos hacia rumbos ignorados zozobra, no vale discurrir, es necesario obrar.

El vendedor ambulante Crainquebille, protagonista del cuento homónimo (1904), obra maestra de sencillez, humorismo, observación y ternura, ha de personificar en su caso trivialísimo, todo lo ridículo y el absurdo de nues-

tro sistema de administrar justicia. Las alusiones al famoso *affaire* menudean en el relato. Las reflexiones del mismo autor sobre la Justicia, y las que pone en boca de Aubarrée, son corrosivas. ¿Qué hace aquí — se pregunta — en el estrado del tribunal, el Cristo? O es el Cristo de la Iglesia, el de los papas, que anula vuestros derechos, oh magistrados de la República, o es el Cristo del Evangelio: en tal caso es un demagogo. Recordad que Cristo padeció un suplicio que desde hace 1900 años todos los pueblos cristianos consideran como un grave error judicial!

Nos vienen a la memoria los versos de Hugo en *Los Castigos:*

Sur une croix dressée au fond du sanctuaire
Jésus avait été cloué pour qu'il restât...

Entre los libros de France más definidos por el pensamiento político, densos de ideas y ricos de sugestiones, debe citarse el titulado *Sobre la Piedra Inmaculada* (1905), que contiene el ya referido relato histórico de *Gallión.* La tela sobre la cual el artista borda sus meditaciones de carácter filosófico y político es un diálogo; mas ¿cómo explicar a quien no lo ha leído, la multiplicidad y variedad de los hilos del bordado, el arte finísimo con que se entrecruzan, el color y el relieve de las figuras, la armonía del conjunto?

El libro despliega ante nuestros ojos el espectáculo impresionante de la marcha de las civilizaciones. Parte de los abismos de la prehistoria y se lanza en el vuelo de la utopía. La parte central es un vehemente alegato

contra los actuales estados capitalistas, guerreros como los feudales, y sus empresas coloniales, su violencla industrial, su locura armamentista y todos los problemas que con ellas se relacionan. Escrito durante la guerra ruso-japonesa, la oportunidad de sus enseñanzas por desgracia aun no ha pasado.

La utopía que lo corona es un esbozo de sociedad comunista. El autor nos transporta al año 2270, correspondiente al 220 de la Federación Europea. y nos hace conocer a grandes rasgos el régimen de vida, la organización del trabajo, la estética de los lugares, las relaciones entre los sexos, el traje, las costumbres, la moral, los estudios, el arte, la religión. Paréceme que Anatole France ha tenido por modelo las *Noticias de ninguna parte* de William Morris, pero su utopía aventaja a ésta por un más despierto sentido de la realidad. Es entre las más recientes, interesantísima, pues está fundada con suma discreción en su prudente escepticismo y en las premisas de las teorías socialistas. El no es hombre que se haga demasiadas ilusiones. La nueva sociedad, surgida del seno de la sociedad burguesa después de un calamitoso período de zozobra y luchas, distribuye más equitativamente los frutos del trabajo, al cual ha dignificado, asegura la vida a todos, ha puesto en armonía las fuerzas humanas, prefiere el goce a la posesión, al contrario de ahora que preferimos la posesión al goce, pero no ha pretendido realizar una imposible igualdad, ni ha extinguido las pasiones y deseos, ni ha alcanzado una absoluta dicha, incompatible con la condición humana.

El final de la narración concuerda con la invariable tendencia de France al humorismo. Las mujeres, aún en esa armoniosa sociedad en que son camaradas de los hombres, visten como ellos y tienen iguales obligaciones y derechos—, en la hora de la ternura y abandono son, felizmente, lo que siempre fueron: seductoras y coquetas.

No acierta uno del todo a compadecer esta clara visión de paz y de dicha, con la de los tiempos futuros que cierra *La Isla de los Pingüinos* (1908). En una brilla la luz de la esperanza, en la otra ríe en falsete un sombrío pesimismo. Después de habernos narrado France en cuatrocientas páginas, con endiablada *verve* y acre ironía volteriana, inusitada en él, la historia de la Pingüinia, o sea de Francia, deteniéndose con particular complacencia en los acontecimientos de la tercera república y del asunto Dreyfus — cuando esperamos que dé un descanso a nuestros nervios fatigados por tanta necedad y tanta infamia, él en cambio concluye por desconcertarnos y abatirnos con el último cuadro, esa «historia sin fin» de los tiempos futuros, en la cual vemos hundirse las civilizaciones como castillos de naipes, para renacer penosamenle a lo largo de los milenios y volver a hundirse sin remedio en la sima de las edades...

¿Qué desengaño de los hombres pudo inspirar a France este libro sin bondad ni entusiasmo, y ese apocalíptico epílogo? ¿o acaso el escritor vió bien la trágica decadencia de la civilización europea, y no erró al anunciar su derrumbamiento que, después de la guerra, a algunos les parece ya inevitable?

La Isla de los Pingüinos, si admirable e ingeniosísimo, es un libro desolador, concepción de un nihilista desesperado, que después de haberse burlado a su gusto de todas las cosas divinas y humanas, por último, ya hastiado, siente el deseo de hacer saltar de un papirotazo este mundo loco y triste. En otros libros, en *Sobre la Piedra Inmaculada* y en *La Rebelión de los Angeles*, el escritor admite una posible superación de la raza humana por otros seres que nos sucederían en el imperio del planeta, irguiéndose sobre las cenizas y las ruinas de lo que fué el hombre y su genio; en *La Isla de los Pingüinos*, sobre las ruinas de la civilizacíón extinta sólo pastan los caballos salvajes, en tanto que en el seno de los siglos se engendra una nueva civilización, semejante a las anteriores e igualmente destinada a perecer.

* * *

Alguien recordaba en estos días que cuando Anatole France estuvo entre nosotros diez años atrás, solía decir al núcleo juvenil de escritores que le rodeaba: «No os acordeis del literato que ha hecho ironías. Acordaos del anciano de sonrisa dulce que ama la justicia y cree en el porvenir.»

Esta advertencia es consoladora. Ahora nos toca encontrar en su obra su justificación. El amor a la justicia queda demostrado por su intervención en el asunto Dreyfus. Pero la fe en el porvenir todavía aparece vacilante en los libros de que hemos tratado. Por suerte

entre sus novelas hay una en que el pensamiento al respecto se declara y define con satisfactoria claridad. Es la *Historia Contemporánea*, colorida representación en cuatro tomos (*El Olmo del Paseo*, *El Maniquí de mimbre*, *El Anillo de Amatista* y *El señor Bergeret en Paris*), 1897-1901) de la sociedad francesa contemporánea del *affaire*. Por lo que piensa el señor Bergeret, personaje central, sabemos cual es el pensamiento de France, porque nunca el novelista se identificó tanto con ninguna de sus creaciones como con esta.

La *Historia Contemporánea* es una novela de costumbres, una novela política y una novela satírica. El cuadro es viviente, animado por numerosas figuras cuya verdad no es disminuída, antes por el contrario destacada, por la nota caricaturesca, llevada por momentos, aunque con discreción, hasta lo grotesco. Según su costumbre, el autor desarrolla la acción con libre desenvoltura, sin ningún plan visible, a través de las más diversas escenas y peripecias serias y cómicas, trascendentes y triviales, enlazando y desenlazando de mil maneras los hilos de la intriga, que tejen con sus manos enguantadas las heroinas de la novela, todas empeñadas, por razones no santas, en hacer un obispo. La frivolidad del asunto es aparente. La *Historia Contemporánea* es una mordiente sátira social, hija del mismo estado de ánimo que dictó *La Isla de los Pingüinos*. La tranquilidad sonriente con que el titiritero mueve sus fantoches en el tablado de la vanidad, de la ambición, de la hipocresía, del vicio, del lucro y del goce, no debe enga-

ñarnos respecto del desdén que ellos le inspiran. Forman la caterva que se entremezcla, choca y empuja sobre el tablado, aristócratas imbéciles. curas intrigantes, militares brutales, hombres de presa, burgueses advenedizos, políticos sin conciencia, judíos descastados, y toda la hez de la alta sociedad: vividores, caballeros tahures, profesionales del juego, mujercitas adúlteras.

Por boca de Bergeret, filósofo apacible y escéptico, pero dialéctico diestro y mordaz, ataca France todos los intereses, instituciones e ideas que aquéllos representan y defienden: el militarismo, el fetichismo católico, la política rapaz y solapada, la ingerencia de la alta banca en los negocios públicos, las empresas coloniales, las leyes bárbaras, la justicia prevaricadora; y en lo moral: el honor de los tahures y rufianes, el nacionalismo fanático y agresivo, la ceguera del populacho, la hipocresía de los adinerados, el rebajamiento del carácter. Por cierto, en el señor Bergeret, la reverencia hacia las instituciones consagradas por la tradición y hacia las costumbres universalmente aceptadas, no es el sentimiento dominante.

Aunque en la *Historia Contemporánea* prepondera el elemento crítico, no todo en ella es negación. También contiene radicales afirmaciones, principalmente en el tomo que cierra la serie: *El señor Bergeret en París*.

Es natural que el filósofo, acostumbrado a examinar y disociar todas las ideas, no se forje ilusiones desmedidas. No ha olvidado, y lo repite, que «todos los progresos son inseguros y lentos» y que «el avance hacia

un mejor orden de cosas es indeciso y confuso »; pero ahora es optimista, tiene fe en el lejano porvenir y cree que la injusticia, la violencia y la explotación, a la larga serán vencidas. El sofista que dudaba de si la verdad tiene caracteres de superioridad sobre la mentira, los cuales puedan asegurarle el triunfo, deja paso en breve tiempo al luchador que afirma que ante la idea de justicia tarde o temprano toda iniquidad cede y se desploma. Es decir, se convierte también él a la fe sencilla que Zola expresó en la memorable frase: « La verdad está en marcha y nadie la detendrá ». El milagro de la conversión del escéptico cuya intrepidez era minada por el vicio de reflexionar demasiado, lo cumple la evidencia de la monstruosa iniquidad que significó el asunto Dreyfus. Frente a aquella inverosímil organización de la violencia y del engaño, Bergeret (o France) ya sin vacilar más tiempo ocupa su puesto de batalla junto con los hombres de buena voluntad. El también quiere contribuir a edificar la nueva república en donde cada uno reciba el fruto de su trabajo, todo sea de todos, no haya explotación ni opresión y sí intercambio de bienes. El también quiere preparar el porvenir combatiendo todas las tiranías e inspirando a los pueblos el odio de la guerra y el amor del género humano. Prudentemente se pone a si mismo en guardia contra las profecías, y no obstante anuncia y describe a su hija la futura república colectivista, la Ciudad nueva, donde a los males inevitables que son la consecuencia de nuestra condición humana, no se añadirán como ahora los males arti-

ficiales que derivan de la condición social. En ese elocuente discurso a su hija, su fé y su optimismo se van gradualmente encendiendo a medida que habla, hasta que llamean en esta afirmación: «No, yo no construyo en Utopía, Mi ensueño, que no me pertenece y que es en este momento el ensueño de mil y mil almas, es verdadero y profético». ¿Quién lo realizará? Nuestro pensamiento, nuestra palabra. Nuestro pensamiento crea el porvenir. Nada es más poderoso que la palabra, arma invencible.

Así la *Historia Contemporánea* que comenzó siendo un ejercicio dialéctico, un cuadro de costumbres y una sátira social, concluyó en un libro polémico y de afirmación. Su publicación coincide con el período más intenso de la actividad política de France, quien había ingresado en el partido socialista. Esa actividad, durante los años que corren de 1898 a 1906, ha quedado documentado en cuarenta y seis discursos, alocuciones y cartas reunidas en el libro que se titula *Vers les temps meilleurs*. Cuesta trabajo a veces reconocer en ellas al literato descreído y sofista de antaño; uno duda si quien habla ante auditorios de obreros con fe tan simple y robusta, con acento tan sencillo, es el elegante cincelador de las paradojas de Jerónimo Coignard. Ello no significa que tales páginas, las cuales fueron reposadamente escritas, porque Anatole France no es orador, sean pobres de pensamiento y estilo. Algunas parecen arrancadas a los más hermosos libros del escritor, como que repiten sus conceptos y aún sus palabras.

El orador celebra el arte y las letras, porque despiertan en nosotros pensamiento útiles al par que agradables; señala el camino de la ciencia como el que lleva a la ideal ciudad de la Libertad, la Justicia y la Dicha; proclama, siguiendo las huellas de Ruskin, la unidad del arte, desconociendo la división entre oficios nobles y plebeyos, bellas artes y artes industriales; exalta la alegría, el trabajo y el estudio; condena la Iglesia y pide su separación del Estado; anuncia la nueva era, el advenimiento del proletariado, «sola energía creadora en esta sociedad egoísta y estéril», y aconseja su unión contra todas las coligadas potencias del mal; opone la internacional de los obreros, de la libertad y de la paz. a la de la servidumbre y la violencia; glorifica por fin la utopía, «principio de cualquier progreso y esbozo de un mejor futuro».

Son páginas de antología las que leyó en los funerales de Zola y en la inauguración de la estatua de Renán.

El rudo arte de Zola mal podía gustar al literato que había poblado sus libros de imágenes rientes y pensamientos ingeniosos. El disgusto estalló cuando Zola publicó *La Tierra*. Sobre aquel libro brutal, Anatole France escribió un artículo crítico, cuya vehemencia difícilmente puede ser superada. «La obra de Zola es mala—afirmó—; él es de esos infelices de quienes cabe decir que más nos valiera que no hubiesen nacido». Y concluía: «El señor Zola inspira una profunda piedad». Quince años después, ante la tumba de aquel crea-

dor «profundamente moral», reconoció France con lealtad la injusticia de sus reproches.

«Ese realista sincero—dijo—era un ardiente idealista. Su obra por la grandeza sólo es comparable a la de Tolstoi. Ambos con su lira han levantado dos vastas ciudades ideales en las extremidades del pensamiento europeo. Son dos ciudades generosas y pacíficas. Pero la de Tolstoi es la ciudad de la resignación; la de Zola, la ciudad del trabajo».

El discurso sobre Renán es el digno homenaje que tan admirable discípulo podía rendir al admirable maestro. La respuesta de Palas Atenea a la *Plegaria sobre la Acropólis*, es un himno magnífico a la Sabiduría y a la Razón, las cuales una vez más serán los arquitectos de la ciudad futura.

Son proféticos en este libro los discursos pronunciados a raíz de la primera revolución rusa de 1905.

¿Es posible no recordar en estas horas de ansiedad e incertidumbre, frases como la siguiente?: «Los días del zarismo están contados. El zar y su imperio acaso caígan mañana. El gobierno popular que le reemplace, no negará las deudas de Rusia, no repudiará los compromisos anteriores al día del crimen; pero no renovará los empréstitos contratados después del 22 de Enero de 1905». O como ésta: «En las orillas del Neva, del Vístula y del Volga se decide en los actuales momentos la suerte de la nueva Europa y de la humanidad futura. ¡Singular mudanza de nociones e ideas! Nuestros padres de 1789 enseñaron a Europa la revolución burguesa, y

he aquí que los proletarios rusos nos dan las lecciones de la Revolución social».

* * *

¿Acaso los años anteriores a la guerra, marcados en la obra de Anatole France por la publicación de la desconcertante *Isla de los Pingüinos*, de *Los Dioses tienen sed*, impasible estudio microscópico de la Revolución francesa, y de la no menos desconcertante *Rebelión de los Angeles*, a la vez sátira y poema — representaron un desfallecimiento en su fe política?

Esta interpretación no es admisible, porque de ser así, la guerra, que perturbó tantas inteligencias y torció tantas voluntades, habría obscurecido su visión y arrojádole en las filas de los claudicantes y los renegados, con mayor razón a su edad. Pero eso no ha sucedido. Dijo en medio de la pelea algunas palabras sensatas y humanas, mas pronto se vió obligado a callar. Su noble intención no fué comprendida. Entonces se refugió en el silencio. Luego, concluída la guerra, ha vuelto a la lucha, brioso como antes.

Su nombre encabeza las firmas que suscriben el manifiesto de *Claridad*. Ese grupo le pide consejo y toma ejemplo de él, «el escritor más admirado y venerado de las letras francesas»: — repito palabras de Barbusse. Posteriormente ha hablado en varias ocasiones, siempre afirmando que únicamente el socialismo puede salvar a Europa de la catástrofe que la amenaza. (Septiembre 5 de 1920). Desde 1915 ha prometido escribir

sobre Jaurès, el hombre más grande de este siglo, según sus propias palabras, y sin duda lo hará si la muerte no se lo impide. Cuando en 1919, Vilain, el asesino del genial tribuno, fué inicuamente absuelto, France publicó en *L'Humanité* el siguiente mensaje:

«Obreros, el asesino de Jaurès ha sido declarado inocente. Obreros, Jaurès vivió para ustedes. Un monstruoso veredícto coloca a ustedes y a quienes defienden vuestra causa, fuera de la protección de la comunidad. Obreros, poneos en guardia».

Actualmente su predicación va enderezada a exterminar el espíritu guerrero. En ese sentido, aconsejaba en Agosto de 1919, a los maestros elementales de Francia, reunidos en Congreso, en Tours:

«Odio únicamente al odio... Quemad todos los libros que enseñan el odio. Enalteced el trabajo y el amor. Formad hombres razonables, capaces de hollar los vanos esplendores de las glorias bárbaros y de resistir a las ambiciones sanguinarias de los nacionalismos e imperialismos que aplastaron a sus padres. No más rivalidades industriales, no más guerras: el trabajo y la paz. Quiérase o no, ha llegado la hora de ser ciudadano del mundo o de ver extinguirse toda civilización... Razón, sabiduría, inteligencia, fuerzas del espíritu y del corazón. vosotras a los que siempre he invocado piadosamente, venid hacia mí, ayudadme, socorred mi débil voz, llevadla si es posible a todos los pueblos del mundo, y difundidla por todas partes donde haya hombres de buena voluntad para escuchar la verdad bienhechora!...»

Palabras en que reconcemos a quien todavía predicaba la paz, en sus artículos de *L'Humanité*, en 1915, cuando ya la tormenta se había espesado sobre el mundo.

Y ayer mismo, en Setiembre, cuando sobre los campos ensangrentados de Polonia se jugaba quizás la suerte de Europa, el telégrafo nos trasmitía la imploración angustiosa del ilustre anciano:

« Proletarios del mundo, imponed la paz! »

Tal es el hombre cuyas sonrisas escépticas parodian nuestros eunucos, servidores de la Frivolidad.

No es que condenemos la actitud negadora de Anatole France ante la perversidad y tontería de los hombres. Su obra, en cuanto a eso, ha sido útil. Es comparable a la de Voltaire. Ha minado un edificio caduco. Pero no la comprende ni continúa quien sólo ve de ella el aspecto destructor. Su universalidad, la simpatía humana de que está henchida, la fe que la anima en muchas de sus partes, se diría que no han sido advertidas por algunos de sus fieles admiradores. Dice el *Eclesiastés* que hay un tiempo de llorar y un tiempo de reir: ciertamente éste no es el de reir.

Y no le juzguen decaído sus admiradores, porque no se sonría a la manera de antes. Su último libro *Pedrín*, de 1919, nos lo muestra en la plenitud de sus facultades, capaz todavía, septuagenario, de contar la vida de un niño con aquella gracia insuperable con que narró años atrás, en la madurez del talento, la infancia de Pedro Nozière.

El viejo árbol aún florece.



IMP. "NOVITAS" DANON & CIA.
RECONQUISTA 459 - BS. AS.